

Negocios

Autor: heguendm

Después de casi una hora de discusión, los hermanos finalmente llegaron a un acuerdo. Adrián ya era dueño del noventa y cinco por ciento de los negocios más rentables de su padre. Su liderazgo hizo crecer la flota naval más allá de las expectativas de todos; cinco de los seis barcos que formaban la flota fueron comprados por él y estaban a su nombre. Sus hermanos no podían reclamar nada. El barco restante que aún estaba a nombre de su padre era una vieja embarcación que estaba a punto de ser desmantelada en los próximos años. Nadie quería eso.

—Todo cuadra. Lo siento, pero realmente no tienen ningún derecho sobre la naviera; Adrián es el dueño de todo. Sin embargo, hay algunos edificios, como esta residencia de ancianos, que son muy rentables —Uno de los abogados les dio a los hermanos la mala noticia.

En realidad quería pelear el caso, pero sabía que era una batalla perdida.

—Tengo derecho al veinticinco por ciento de este edificio y de los demás, y no voy a renunciar a mi herencia —Adrián confirmó lo que los demás estaban pensando.

Los otros edificios no eran tan importantes: una panadería en alquiler y un aparcamiento automatizado. Lo bueno era la residencia de ancianos; era una apuesta segura, fácil de administrar y un negocio fácil de vender en la situación demográfica actual.

—Tengo una propuesta.

Adrián había planeado esto hace mucho tiempo. No le agradaban sus hermanos; al igual que su padre creía que eran sanguijuelas; y venían con la firme intención de chupar lo que pudieran de la fortuna del anciano; sin embargo, él planeaba darles una lección de vida.

Mientras los vivos discutían sus planes, ajenos a lo que sucedía a su alrededor, los fantasmas prestaban mucha atención a lo que se discutía. El señor Santana estaba sorprendido y orgulloso de lo que su hijo había logrado. Su demencia no le permitió seguir el crecimiento de su negocio; nunca imaginó que su pequeña flotilla de barcos se convertiría en una naviera monstruosa. Los barcos que su hijo compró para expandir el negocio eran muy caros, y todo estaba firme, en manos de Adrián.

—Oh, ¿Cuál es tu propuesta?— Clara fue la primera en mostrar interés.

—El inquilino actual del edificio de la panadería hizo una oferta para comprarlo. Es una buena oferta; en efectivo, podríamos vender esa propiedad y repartir el dinero entre nosotros. Por otro lado, sé que todos quieren una parte de esta residencia de ancianos, así que estoy dispuesto a renunciar a mi parte a cambio del estacionamiento y el cinco por ciento restante de la flota.

Adrián expuso su propuesta y les mostró la cantidad que estaban a punto de ganar con su acuerdo.

Los hermanos querían dinero en efectivo y Adrián lo sabía. La venta de la panadería fue una decisión fácil. Intentaron renegociar el resto del acuerdo, pero la verdad era que a largo plazo, el veinticinco por ciento de la residencia de ancianos tenía mucho más valor que el aparcamiento y ese viejo barco a punto de ser desguazado. Al final, llegaron a un acuerdo. Desde ese momento, Adrián no tendría ninguna relación con la residencia de ancianos, y el resto de los hermanos se suponía que compartirían el treinta y tres por ciento de la propiedad cada uno.

Se firmaron muchos documentos y se transfirió una cantidad considerable de dinero de la cuenta de Adrián a la de sus hermanos y hermana. Todos estaban bastante contentos con el resultado de las negociaciones. Adrián se marchó el primero. Los hermanos informaron al personal sobre los cambios en la gestión de la propiedad.

—¿Desea ver las instalaciones? —Una enfermera ofreció.

—No, gracias; nos iremos por hoy —respondió Clara.

A los hermanos no les interesaba en absoluto el edificio. Todos estaban pensando en venderlo al mejor postor y sacar mucho dinero de ello. Aunque no había prisa, la venta de la panadería y el pago realizado por Adrián alivió sus necesidades más urgentes. Los hermanos se fueron.

—Bueno, estamos jodidos —lamentó Martín.

Al principio, el señor Santana estaba feliz de ver que su hijo mayor logró salvar su fortuna de las garras de sus hermanos. Sin embargo, ver las caras preocupadas de los demás fantasmas le recordó su situación. Según los otros fantasmas, estaban en un gran riesgo. No lo creyó cierto hasta unos días después, cuando tuvo que refugiarse en la sala de estar y vio a los Glotones merodeando por el pasillo. Entonces la realidad hizo lo suyo y lo golpeó como una tonelada de ladrillos. Si la residencia cerraba, él y los otros fantasmas estarían perdidos.

Su conversación con Martín y los demás lo puso al tanto de lo que estaba sucediendo: los sobornos, las infracciones de las regulaciones de construcción en el edificio, y el hecho de que Adrián no solo estaba a punto de joder a sus hermanos de mala manera, sino también condenar a cada alma en ese edificio.

Dos semanas después, la capacidad de Elizabeth para influir en su anfitrión volvió a ser útil; las últimas dos incursiones de los Glotones no causaron bajas, lo cual era una gran noticia. Sin embargo, algo tenía que salir mal. Un mes después de la visita de los hermanos, el ayuntamiento envió a un grupo de especialistas para una inspección técnica del edificio. No eran los técnicos habituales que ya estaban en la

lista de pagos de Adrián.

—Jesús Cristo —se quejó uno de los técnicos, llamando la atención de sus colegas.

—¿Eso es asbesto?

—Así es —contestó otro técnico.

—Eso no es nada —dijo otro. —La plomería tiene tuberías de plomo y algunas de cobre; el sistema eléctrico es un caos; no sé cómo este lugar no se ha incendiado aún. La disposición de las varillas de hierro en las paredes es un desastre; ¿cómo puede este lugar mantener su integridad? No tiene ningún sentido.

—Entonces, ¿qué significa eso? —Preguntó una enfermera, haciéndose la tonta.

—Este edificio debería haberse cerrado hace mucho tiempo; infringe todas las regulaciones posibles. Lo siento, pero tendremos que cerrar este lugar lo antes posible.

El plan de Adrián funcionó; sus hermanos no solo perderían mucho dinero, sino que si intentaban hacer un escándalo al respecto, podrían tener que lidiar con repercusiones legales. Los inspectores anteriores no solo se retiraron hace dos años; incluso se mudaron a Sudamérica. Mientras tanto, el pánico se extendía entre los otros residentes del edificio.

—Hasta aquí llegó esto —dijo Elizabeth.

—Ahora solo tenemos que esperar y encontrar un lugar seguro para nosotros —afirmó Willy. —¿Puedo contar contigo?

—Por supuesto, somos un buen equipo —respondió Elizabeth, saliendo de la habitación.

Willy volvió a sentarse con la cabeza entre las piernas, sin despegarse de su anfitrión.

Los fantasmas tenían un poco de esperanza de que los hermanos de Adrián encontrarían una manera de retrasar o evitar el cierre del edificio. Sin embargo, eso no sucedió. Tres días después, las enfermeras y los asistentes de enfermería estaban eligiendo cómo se redistribuirían los pacientes de la residencia de ancianos a otras instituciones. La situación era desesperada; muchos de los fantasmas perdieron cualquier deseo de sobrevivir. Esa misma noche, los Glotones atacaron, y algunos fantasmas decidieron no esconderse. Los Glotones vinieron por ellos, y los otros fantasmas los vieron ser devorados en el pasillo.

La atmósfera en la residencia era sombría tanto para los vivos como para los muertos. Los trabajadores perdieron un buen trabajo, los pacientes perdieron un lugar donde vivían muy cómodos, y los fantasmas perdieron cualquier oportunidad de supervivencia.

—No creo que las cosas terminen así —comentó Martín.

—¿Qué quieres decir? —Preguntó Santana.

—Estoy seguro de que algo va a pasar una vez que todos los vivos abandonen este lugar.

Martín no era el único que tenía este sentimiento, aunque lo que otros tenían, era la esperanza de que el edificio de alguna forma abriera, dejándoles salir y escapar de los Glotones.

—Yo no puedo hacerlo sin llamar demasiado la atención, pero ustedes dos vigilen a Elizabeth y Willy.

—Sí, algo no está bien —coincidió John. —Willy generalmente nunca mueve a su anfitrión, pero últimamente Elizabeth lo visita mucho. Cada vez que lo hace, Willy hace al anciano cerrar la puerta. Están planeando algo.

Vigilar a Elizabeth era la tarea de John; últimamente había notado algunos cambios en su rutina.

De ahora en adelante, mientras John mantenía a Elizabeth bajo vigilancia, Santana vigilaría a Willy. El anciano no podía deshacerse de la sensación de que estaba olvidando algo muy importante. Pero la información no estaba clara en su mente; estaba bastante seguro de que era algo que había aprendido o escuchado después del inicio de su demencia. Recordó que su hijo Adrián vino a verlo una vez, y hablaron de muchas cosas, algunas personales, otras relacionadas con sus negocios, pero los detalles se le escapaban de la memoria. Por el momento, no tenía otra opción que observar a Willy.

Mientras tanto, por el hueco entre sus piernas, los ojos de Willy estaban fijos en Santana como un halcón observando a su presa.

--Únete a la mejor plataforma literaria en español, FICTOGRAMA.COM, un universo de palabras y ficción--. -Texto escrito por heguendm